

EL III CONCILIO DE TOLEDO

«De la trascendencia del importante paso dado en el III Concilio de Toledo fue particularmente consciente San Leandro, que en la homilía conclusiva del Concilio hizo repetidas alusiones a la unidad y unanimidad. La Iglesia de entonces se esforzó en colaborar lealmente con un Estado católico en la prosecución del bien común que, en esta circunstancia, significa el primer paso de lo que posteriormente será la genuina esencia cristiana de España. Este ha sido uno de los grandes méritos de la jerarquía visigoda, la cual, sin renunciar a la universalidad de la única Iglesia de Cristo, llegó a configurar, mediante una respetuosa relación con el poder civil, la unidad política de los diversos pueblos de España. El Papa San Gregorio Magno, a quien el Rey Recaredo informó del acontecimiento, manifestó una extraordinaria alegría, calificándolo como obra de Dios.

»Han pasado desde entonces catorce siglos, y en este espacio de tiempo han tenido lugar en el mundo profundas mutaciones de todo tipo. España ha debido afrontar situaciones difíciles que, con la ayuda de Dios y la fuerza moral que le viene de su fe católica, han podido ser superadas. Entre estas mutaciones histórico-culturales no puede dejar de mencionarse, por su profunda repercusión en todos los órdenes, la larga presencia árabe en la Península ibérica. Este hecho en modo alguno logró extinguir la semilla de la fe cristiana. Cuando al cabo del tiempo los árabes salieron de España, esta misma fe se profesó plenamente en todo el ámbito nacional y constituyó el alma que impulsó la empresa misionera de la evangelización del Nuevo Mundo. En esta encomiable obra del anuncio del mensaje salvador de Cristo y de promoción cultural y humana, se conjugaron, por encima de todo, los esfuerzos nobles y desinteresados que aportaron —y aportan todavía hoy— tantos misioneros y misioneras de las órdenes religiosas y del clero diocesano, que llevaron la fe católica, el arte y la cultura española a los pueblos americanos, compartiendo con ellos los valores más preciados de las gentes de España.

»La historia de España no puede ser, pues, entendida ni asimilada por las generaciones presentes y futuras si no se tiene en cuenta la fe católica, con todo el profundo significado que entraña para la vida y la cultura del pueblo español. ¡Cuántas manifestaciones cristianas de arte y cultura cubren como un manto el ibérico solar! ¡Cuántos testimonios de fe se encierran en las innumerables iglesias, en las obras de imaginaria, en la pintura, en la orfebrería y demás expresiones artísticas!

»En el campo de la literatura, bien puede decirse que la his-

"toria nos muestra nombres insignes de eclesiásticos en todas las épocas, muchos de los cuales representan las cumbres de la lengua y del pensamiento: San Isidoro de Sevilla, los padres toledanos —San Eugenio, San Idelfonso, San Julián—, la Escuela de Traductores de Toledo, el arcipreste de Hita, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, fray Luis de León, Lope de Vega y tantos otros, cuya enumeración sería prolija y está en la mente de todos.

»Teniendo ante los ojos la trayectoria y acción de la Iglesia en España durante estos siglos de su historia, no podemos por menos de poner de relieve su labor en el terreno de la educación y de la asistencia a los enfermos, ancianos y niños. Hasta tiempos recientes eran casi exclusivamente instituciones eclesiásticas las que se ocupaban de estos servicios. ¡Cuántos miles de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos han ofrendado sus vidas, rescatando a millones de españoles de la incultura, aliviando los sufrimientos, consolando a los tristes y olvidados, acogiendo a los abandonados! ¡Y cuántos miles lo siguen haciendo en nuestros días calladamente, con abnegación y sacrificios sin número.

»El recuerdo de lo que la Iglesia española ha hecho en el pasado no debe llevar, sin embargo, a la sola añoranza nostálgica de unos tiempos que no volverán, sino que debe ser, sobre todo, estímulo para afrontar con valentía y esperanza el desafío del tercer milenio, en el cual la Iglesia ha de continuar su misión salvífica, impregnando de valores evangélicos la cultura humana, como sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5, 13-14). Si queremos para las futuras generaciones un mundo no deshumanizado, es preciso recordar el dinamismo de la fe operante, que transforma y perfecciona la naturaleza humana. Esta es, pues, una ocasión propicia para elevar nuestra ferviente acción de gracias al Señor por los muchos beneficios recibidos y, a la vez, para recordar la riqueza de espiritualidad y la ingente obra que la Iglesia ha desarrollado al servicio de un pueblo al que ha acompañado como Madre solícita durante largos siglos de su historia. Una historia que, a pesar de las lagunas y errores humanos —en palabras de Su Santidad Juan Pablo II— es digna de toda admiración y aprecio. Ella debe servir de inspiración y estímulo para hallar, en el momento presente, las raíces profundas del ser de un pueblo. No para hacerlo vivir en el pasado, sino para ofrecerle el ejemplo de proseguir y mejorar en el futuro" (Discurso en el aeropuerto de Barajas, Madrid, 31 de octubre de 1982).

»La celebración del XIV centenario del III Concilio de To-

«ledo ofrece, pues, al Santo Padre la ocasión para alentar a todos a ser fieles a sus raíces cristianas que han configurado la vida y la historia de los pueblos de España. Hoy, como ayer, la fe ha de hacer brotar en el hombre unas elevadas exigencias de orden moral, que repercutan consecutivamente en el bienestar espiritual y temporal de la comunidad humana. El cristiano responsable sabe que no se puede vulnerar impunemente el orden moral, pues de su transgresión se derivan un sinnúmero de males y sufrimientos cuyas víctimas son, con frecuencia, también los inocentes. Es necesario, por tanto, el esfuerzo generoso de todos para que los valores del espíritu informen siempre la vida individual y social, superando así las incomprensiones, diferencias y antagonismos que obstaculizan la pacífica convivencia, en el marco del respeto mutuo, justicia y libertad.

«Ante los retos que las nuevas situaciones plantean a la Iglesia, Su Santidad anima a todos a una renovada acción evangelizadora que estimule actividades cristianas de mayor autenticidad personal y social. En la línea de la reciente Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, reitera, asimismo, la necesidad de reavivar el apostolado seglar, haciendo más incisiva la presencia de «católicos dispuestos a vivir su vocación de seculares en la sociedad y en el mundo, sin arredrarse ante las exigencias de la vida pública» (Discurso a los obispos de la provincia eclesiástica de Toledo en visita ad Limina, 19 de diciembre de 1986, n. 6).

«Tal actitud habrá de ser también fruto y exigencia de la fe profesada y transmitida a través de los siglos, como señalaba el Papa en el discurso citado, refiriéndose al XIV centenario del III Concilio de Toledo. Y, añadía: «En la nueva fase de la sociedad española es también necesario que los católicos mantengan una unidad de orientación y de actuación, para iluminar la cultura con la fe y testimoniar el Evangelio con la vida» (ib.).

«De este modo, las celebraciones conmemorativas del magno acontecimiento que señaló «la unidad religiosa de España en la fe católica» no se reducirán a un simple recuerdo agradecido hacia un pasado glorioso, sino que se traducirán en acicate y compromiso para afrontar con esperanza y decisión los retos del futuro».

Mensaje en nombre de JUAN PABLO II con ocasión del XIV centenario del III Concilio de Toledo, el 8 de mayo. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXI, núm. 20 (1.063), domingo 14 de mayo de 1989.